

Retos de la política Agraria (III). Biotecnología y sostenibilidad.

Los retos de la política agraria, como los del resto de las políticas públicas, carecen de solución exclusivamente técnica. Por eso la tecnocracia no funciona, ni es deseable. Sin embargo, cuando las decisiones políticas carecen de fundamento técnico y las opiniones que las determinan no se atienen a los hechos, sino a cualesquiera intereses, entonces surge la arbitrariedad.

La sostenibilidad ambiental de la agricultura y su adaptación al cambio climático es un reto ineludible que no debería cuestionarse. Pero, como no es evidente cómo lograrla, las decisiones sobre lo que es sostenible o insostenible pueden y deben cuestionarse.

Que lo que es o no sostenible lo vote la mayoría otorga legitimidad, pero si lo acordado no lo sustentan los datos ni los hechos reales, probados y contrastados terminará creando más problemas que soluciones.

Un ejemplo de falta de rigor técnico en las decisiones es el tratamiento político de la aplicación de la ingeniería genética a la agricultura en la Unión Europea, donde predomina el negacionismo biotecnológico agrario.

Durante milenios la humanidad ha aplicado la selección artificial y el cruzamiento dirigido para obtener plantas y animales de interés agropecuario y doméstico. Ni las variedades agrícolas y ornamentales, incluidas las “tradicionales”, ni las razas ganaderas, incluidas las “autóctonas”, ni los animales de compañía existen como tales en la naturaleza; son creaciones humanas con el propósito de obtener determinadas cualidades de interés humano. La diversidad de razas que muestra el perro representa, sin duda, el máximo exponente de manipulación genética llevada a cabo por la humanidad.

La selección y el cruzamiento son las herramientas convencionales de la mejora genética vegetal y animal que nos han traído la seguridad alimentaria de la que disfrutamos si bien, por su elevada dependencia del azar, sus avances son necesariamente inciertos, lentos y costosos. La mejora del conocimiento fisiológico a escala molecular ha propiciado un importante desarrollo biotecnológico que permite gestionar la herencia con mucha más eficacia que los procesos convencionales tal y como hemos visto, por ejemplo, en la lucha contra la pandemia COVID-19 causada por el coronavirus SARS-CoV-2.

Sin embargo, en la UE la aplicación agraria de la modificación genética mediante técnicas moleculares, a diferencia de lo que ocurre en el resto del mundo, tiene mala prensa viéndose, por lo general, como una amenaza para la salud y el medio ambiente.

La prohibición del cultivo de variedades transgénicas en la UE, salvo maíz Bt resistente a taladro, cuyas propiedades de interés se derivan de la introducción de genes procedentes de otras especies, se basa en opiniones que no están respaldadas por los hechos ni por los datos. Durante los últimos 30 años se han

cultivado millones y millones de hectáreas (más de 200 millones en 2023) en todo el mundo sin que se haya acreditado ningún efecto nocivo real, ni para la salud ni para el medio ambiente. Prueba de ello es, por ejemplo, que el consumo de productos derivados del cultivo transgénico no está prohibido en la UE.

Llegados a este punto conviene recordar que los genes tan solo son fragmentos de ADN, una molécula con capacidad prácticamente infinita para codificar información que es la misma para todas las formas de vida. O también, que los genes mutan de forma natural y que incluso existen mecanismos naturales de transferencia de genes entre especies diferentes.

La edición genética, y en particular la tecnología CRISPR reconocida con el Nobel de Química en 2020, aunque permite incluso modificar el genoma sin utilizar necesariamente genes procedentes de otras especies, también se contempla con desconfianza en la UE donde todavía existe el riesgo de que su aplicación agrícola se vea seriamente obstaculizada.

El negacionismo biotecnológico dominante en la UE en relación con la agricultura supone un grave impedimento, no solo para la competitividad y la seguridad alimentaria, sino también para la sostenibilidad ambiental de la agricultura europea y su adaptación al cambio climático.

Porque la biotecnología, en sus diferentes modalidades, ofrece inmensas posibilidades para obtener variedades más productivas, o más resistentes a la sequía o las heladas, para eliminar factores alérgicos o para mejorar el contenido nutricional de los alimentos. Pero también para combatir las plagas y enfermedades de los cultivos reduciendo el uso de fitosanitarios, así como para mejorar la nutrición vegetal reduciendo la aplicación de fertilizantes químicos de síntesis. Y todo ello garantizando los niveles de productividad necesarios para una agricultura económicamente sostenible y una alimentación segura y asequible.

Seguir oponiéndose políticamente a la biotecnología agraria, o mirar para otro lado mientras otros obstaculizan su aplicación en la UE al tiempo que avanza en el resto del mundo, es una irresponsabilidad de cuyas consecuencias (pérdida de competitividad, daños ambientales evitables, etc.) también debería responderse.